

PEARL S. BUCK

OTROS DIOSES



Este libro plantea el caso de una mujer que ha contraído matrimonio con un «ídolo de las multitudes», un hombre al que millones de sus semejantes han convertido en semi-dió, héroe de las proezas deportivas hecho a la medida de Norteamérica. Pero este hombre que el público adora es, en la intimidad, poco menos que un muñeco hermoso apenas dotado de cerebro. Su mujer, que lo ama, no puede delatar el fraude que su marido simboliza, no puede descubrir el inmenso embuste que sirve de fachada a la falsa personalidad del héroe.

I

Entre la cadena del Himalaya yérguese una cumbre excelsa para los alpinistas, pero por espacio de largo tiempo ha permanecido inexplorada. Erguida como otras cimas más célebres, presentábase con su silueta hostil para aquella raza de hombres que se siente poseída por el extraño impulso de abandonar las más bajas regiones terrestres, habitadas por los demás hombres, para ascender a las cimas sobre las cuales la gente no puede vivir porque están demasiado cercanas al cielo. La cumbre del Therat, menos alta que la del Everest, resultaba demasiado elevada para servir de meta a una simple excursión. Los alpinistas contemplaban su cresta solitaria, semejante a una verdadera fortificación de peñascos, y decían: «Lo mismo es llevar a cabo la ascensión del Therat, que la del Everest».

El Therat era, por tanto, considerado, incluso comparado con otras cumbres, como ligeramente inferior al Everest, y esto fue motivo suficiente para que permaneciera inviolado hasta cierta tarde de julio de un año que se ha hecho memorable, en que un joven arriesgado llamado Alberto Holm, superó el helado abismo junto a la cresta y alcanzó solo, la cima.

Que semejante empresa tuviera alguna relación con la gloria, esto no fue idea que cruzara por un momento el cerebro de Alberto Holm, fuera porque su imaginación jamás le llevaba más allá del momento presente, fuera porque, después de la conquista de la cumbre, comenzó a alarmarse por lo que podía haber dicho *sir* Alfredo Fessaday, el jefe de la expedición meteorológica.

Su preocupación se acrecentó al final de aquel día cuya mañana, allá en lo alto, había prometido una verdadera jornada de Himalaya, uno de esos días que parecen no tener que tocar nunca a su fin, tan repentina es la salida del sol, y tan tardo su ocaso. Había sido precisamente esa promesa la que había impulsado a Alberto Holm a abandonar a los demás y a continuar solo la ascensión, siguiendo un largo itinerario que había parecido inaccesible a las expediciones precedentes.

Alberto Holm no tenía ninguna razón particular para representar el papel de conquistador de la cima, no siendo más que el mecánico que *sir* Alfredo se había llevado consigo para que cuidara de los dos tractores, construidos a propósito en América para la expedición. Precisamente por ello, Alberto tenía la obligación de quedarse junto a las máquinas al pie de la montaña. No obstante, se había dado cuenta desde un principio que en el momento más oportuno desertaría, y cuando la expedición empezó a ponerse en marcha sin las máquinas, compareció ante *sir* Alfredo, con su grasienta bocina en la mano, y con un mohín en su bellissimo rostro juvenil, que el patrón, en la oculta flexibilidad de su corazón, acogió con cierta reserva.

—¡Oh, Alberto Holm! —le dijo con frialdad. Siempre que sentía flaquear algo en su fuero interno, comenzaba por ponerse en guardia.

—¿Me permite, *sir* Alfredo? —preguntó Alberto.

—Le escucho.

—¿Me autoriza para salir con usted?

Sir Alfredo se quedó petrificado. ¡Un mecánico, un jovenzuelo inexperto en la montaña, que, con su pretensión, le amenazaba comprometer el éxito de la arriesgada empresa, cuyos miembros, a excepción hecha del meteorólogo Lane, eran todos veteranos del Himalaya!

—¡Ni lo sueñe siquiera! —repuso, apartando la mirada del joven para mirar fuera de la tienda de campaña, hacia

el paisaje extraordinariamente lúgubre de aquella región del Tibet.

—En América he tomado parte en importantes excursiones alpinas —insistió Alberto con ardor—. En el Estado de Nueva York, no existe altura grande o pequeña que yo no haya escalado. Hubo un verano que huí de casa para dedicarme a las Montañas Rocosas. He escalado el Pike, y el Rainier.

—La nuestra es una expedición científica, y no una simple excursión alpina —replicó *sir* Alfredo—. Además, usted ha venido aquí para estar al cuidado de las máquinas.

—Conozco perfectamente los motivos por los cuales me ha traído aquí, pero, hablando sinceramente, éstos no corresponden exactamente a mis aspiraciones —manifestó Holm, no sin un ligero tono de obstinación en la voz.

Sir Alfredo miró de nuevo al joven. No recordó haberle oído abrir boca durante todo el curso del viaje. Cedió a un ligero impulso de curiosidad.

—¿Y cuáles serían sus aspiraciones? —preguntó.

—Poder salir —fue la simple respuesta.

Sir Alfredo permaneció un rato en silencio. Él era algo más que un científico, y lo sabía. Un simple científico no se habría encontrado en aquel momento bajo una tienda levantada en las afueras de un asqueroso pueblo tibetano, sino en un cómodo laboratorio de su patria. Era, ante todo, un enamorado de la montaña; y como desconfiaba del amor bajo todos sus aspectos, justificaba así su propia debilidad por las altitudes dándoles una práctica justificación científica. He aquí por qué había llevado consigo al meteorólogo Lane, teniendo la intención de que el tal Lane no era propiamente lo que podía llamarse un verdadero alpinista.

—Le gusta la montaña, ¿eh? —inquirió, tirando del lóbulo de su oreja derecha, como siempre hacía cuando estaba perplejo.

—Cambio una escalada por la comida —repuso Alberto; luego, con un nuevo mohín, añadió—: ¡Y eso que comer es mi ocupación favorita!

Había en aquel muchacho un extraordinario encanto que no escapó al jefe de la expedición. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Hasta aquel momento no había reparado más que en la ausencia de fatiga del joven Alberto. Pero ahora el encanto ejercía su poder, se apoderaba de todos los poros de aquella joven, casi apolínea figura; era como un complejo de juventud, de salud y de sencillez en su estado primordial que no necesita todavía de educación alguna en su inconsciente independencia. «Parece como si el muchacho se encontrara en todas partes como en su misma casa», pensó *sir* Alfredo; y le invadió una ola de simpatía hacia él. Tosió y se sonó vigorosamente las narices, lo cual hizo huir a dos pequeños y sucios tibetanos que habían estado hasta aquel momento fisgoneando a través de la abertura de la tienda.

—¿No solicitará usted un trato especial? —preguntó con severidad.

—No, señor —replicó con presteza Alberto. ¡El viejo estaba cediendo!

Sir Alfredo cedió, en efecto. «Menos mal —pensó— que no tenía hijos: los habría viciado mimándolos».

—Está bien —dijo volviendo a sus mapas—. Pero preste atención a esto: no quiero oír hablar de usted. Para mí no estará usted en la montaña.

—No, señor —dijo Alberto con alegría; y desapareció.

Sir Alfredo se había preocupado tan poco por Alberto que, una semana más tarde, cuando Lane tuvo una pulmonía a trescientos metros de la cumbre del Therat, obligando con ello a la expedición a retroceder, no reparó en la ausencia del mecánico hasta llegada la noche, cuando comenzaron a plantar las tiendas. Era un campero que reunía muy malas condiciones, pero Lane estaba demasiado grave para poder trasladarse más abajo. Los porteadores tibera-

nos habían levantado las tiendas tras grandes esfuerzos, llo-riqueando por el frío, gimiendo ante el peligro de que aparecieran los Mirka, hombres fantásticos de la nieve, que moran, según una antigua superstición, en aquellas latitudes.

—¿Dónde está Holm? —gritó *sir* Alfredo.

No hubo manera de encontrarlo: había desaparecido. Ninguno le había visto durante todo el día. El jefe de la expedición, preso de angustia y sintiendo la responsabilidad del momento, perdió los estribos y exclamó:

—Estad seguros de que jamás se encuentra a un americano en su puesto cuando se le necesita...

Tampoco esta frase tuvo la virtud de hacer que apareciera Holm; así es que *sir* Alfredo no pudo hacer otra cosa que salir a amenazar a los porteadores, estimulándolos al trabajo, no sin cierta secreta piedad por el terror que los invadía. El Therat, de noche, era más terrorífico que nunca, y la luna, que emergía enorme y solemne detrás de las nevadas crestas, aumentaba esta impresión con su resplandor pálido y helado, *Sir* Alfredo penetró en la tienda donde se encontraba el enfermo, y, al contemplarlo, sintió que su inquietud sobre la suerte de Alberto se iba agudizando hasta llegar a la exasperación.

Poco después de medianoche, al advertir la presencia de alguien ante la lona que cubría la entrada a su tienda, salió. Afuera, bajo la luminosidad irreal de la luna, vio a Alberto Holm. Al verle, se sintió tan aliviado que estuvo a punto de echarse a llorar (Lane había empeorado) pero de repente aquel sentimiento se trocó en una violenta cólera.

—¿Dónde ha estado usted? —gritó.

—En la cima —fue la respuesta.

—¡Estúpido!

—Se lo aseguro.

Sir Alfredo lo miró. Evidentemente, el muchacho estaba extenuado, su rostro, incluso a la luz de la luna, aparecía quemado por los reflejos solares de la nieve. Pero *sir* Alfre-

do sabía leer en los ojos de los hombres. Aquella mirada era sincera. Su corazón se estremeció ligeramente.

—Puede considerarse despedido por insubordinación a partir del momento en que vuelva con las máquinas —dijo—. Compóngaselas como quiera, pero no hará conmigo el viaje de regreso.

—Está bien, si usted lo manda así —respondió Alberto, devolviendo con sus palabras la calma a los ojos del jefe. ¿Qué podía importarle ahora?—. Ahora que he hecho lo que deseaba, señor —prosiguió—, no me quedará más remedio que volver a casa por mi cuenta y riesgo.

Fue así como Alberto Holm emprendió el viaje de regreso, vía China.

En el espacio de unas pocas semanas todos supieron en América la empresa llevada a cabo por Alberto Holm. Produjo lo que se denomina un furor colectivo de entusiasmo. La empresa, en aquel año de desanimación, fue una de las que superan su significado, para asumir otro, enteramente simbólico. La gente, en el transcurso de aquel año, sentíase decepcionada y asustada de encontrarse bajo aquel estado de ánimo. Algo, se decía, se había perdido; la vida, en aquel mundo terriblemente confuso, había perdido algo joven, bueno, una esperanza. No se lograba discernir ya dónde estaba el error y dónde la razón con la consoladora claridad de un tiempo que había sido.

En aquella atmósfera miasmática de depresión general, produjo una gran conmoción el relato de la hazaña llevada a cabo por Alberto Holm. Millares de personas levantaron la cabeza. ¿Un héroe? La respuesta no era segura. Alguno se preguntaba si se podía ser héroe por haber efectuado una escalada. Pero ¿por qué no?, respondían otros. Habían sido descubiertos ambos Polos, se había volado sobre los océanos, cruzándolos, pero el hombre no ha pensado aún en la forma de explorar las estrellas. Los gigantescos picos del Himalaya eran todo lo que quedaba aún inviolado en la tierra. Alberto Holm había conquistado uno de los más cé-

lebres, que sólo el Everest y el Pangbat superaban en altura. Por lo tanto Alberto era un héroe; un héroe que había desafiado los hielos y las cimas, impávido ante la amenaza de las avalanchas, solo y victorioso, allí donde una expedición que tenía todos los medios a su alcance había fracasado. Aún cuando el fracaso de la expedición se atribuyera a la pulmonía de uno de sus componentes, la importancia del acto de Alberto no sufría ningún cambio. El acto era la prueba decisiva; la definitiva. Y Alberto era americano. El viejo espíritu no había, pues, muerto aún, por mucho tiempo que hubiese transcurrido desde que una nación necesitada de héroes había podido aclamar a uno. Del seno de la nación habían surgido muchos héroes, zapadores, guerreros, exploradores, aviadores. Y he aquí el último: una nueva especie de héroe, el héroe de las cumbres. Un día plantó la bandera americana sobre la cima conquistada. Los americanos le imaginaban cumpliendo este acto.

Pero ¿quién era él? Millones de personas se afanaban por saberlo, y Alberto Holm, sorprendido de improviso por los periodistas en Singapur, en Hong Kong, en Shanghai y en Pekín, respondió confuso que él no era nadie, prueba decisiva; la definitiva. Y Alberto era americano. Él, al contrario, se dirigía suspicaz a los periodistas, preguntándoles cómo diablos habían descubierto quién era él.

—¡Eh! ¿A qué juego estamos jugando? —insistía.

Ellos se echaban a reír como locos, no dando crédito a tanto candor. Y cuando estuvieron realmente convencidos de que no fingía, le explicaron que *sir* Alfredo Fessaday había relatado el suceso en Calcuta. Un periodista americano tomó la noticia al vuelo y telegrafió urgentemente a Nueva York; y la Prensa, siempre dispuesta a sentir las emociones del público, había reclamado un sinfín de pormenores sobre el pasado de Holm. En resumen, querían ver y hacer ver al público de qué clase de paño estaba él hecho.

El paño era bueno. De las declaraciones de Alberto resultó que su padre era un agricultor de Misty Falls, estable-

cido en la región septentrional del Estado de Nueva York. Él, no obstante, no había sentido jamás la menor inclinación por la vida de la factoría. Terminados sus estudios en la escuela, encontró un empleo temporal. Pero tampoco trabajó con demasiado entusiasmo. Su pasión era el alpinismo. Entre los proyectos que había acariciado antes de su expedición al Asia, figuraba el de escalar la pared del Niágara, bajo el enorme arco que el agua forma al caer; y quizá en invierno, cuando el agua estuviese helada. Misty Falls emergía junto a profundos desfiladeros, por encima de las rocas que Alberto Holm había escalado un sinnúmero de veces.

Decenas, centenares de veces, repitió a los periodistas la misma sencilla historia, sin jamás añadir ni alterar nada. En realidad —decía— no había hecho nada extraordinario, nada que mereciese ser considerado de una forma especial. Todo podía reducirse a un hecho muy sencillo: habiendo hecho un viaje tan largo para alcanzar la conquista de una montaña, no quería regresar sin haberla efectuado.

Pero América idealizó igualmente a Alberto Holm. Los ánimos estaban preparados. Y cuando Fessaday afirmó que era extremadamente peligroso aventurarse así, solo, hasta la cima del Therat, los americanos, al leer la Prensa, tuvieron palabras sarcásticas. ¡Naturalmente! ¡También la Revolución americana había sido peligrosa! Además, Holm, había conquistado él solo la cumbre, y había regresado sano y salvo de la empresa. Una locura, de acuerdo; pero también este rasgo era americano.

Y Alberto Holm insistía dócilmente por su parte en que había sido por cierto una locura; pero que, además, había hecho siempre lo que le había parecido, sin detenerse a pensar si era cosa de locos o de sabios.

Millones de personas acogieron esta declaración suya elevándola hasta el firmamento. En cierto modo, Holm hizo renacer la fe nacional, y la gente empezó a creer respecto a él todo cuanto se le antojaba. Siempre había alguien que tenía algo nuevo que decir acerca de Holm. La anécdota

volaba de boca en boca, y a nadie se le ocurría preguntar si era auténtico o no, porque nadie, en lo íntimo de su corazón, deseaba conocer la verdad. La verdad es siempre triste, y no tiene nada de novelesco; la verdad se presenta siempre con la cruda realidad de que el mundo no es bueno, y que los Estados Unidos no son un país perfecto. Era mejor alejar aquella verdad. Más bien deseaba saber cuál era el credo que profesaba Alberto Holm. ¿Y sus opiniones? ¿Qué opiniones tenía?

En grandes titulares leíase en los periódicos: ALBERTO HOLM PREDICE LA GUERRA DEL JAPÓN CONTRA AMÉRICA. HOLM AFIRMA QUE EL MUNDO ESTA SEDIENTO DE RELIGIÓN. Cualquiera cosa que dijera o hiciera, la gente la revestía, inmediatamente de un halo de luces mágicas.

La menor insignificancia que se refiriese a Alberto Holm, se hacía del dominio público. No era casado. La primera pregunta que los periodistas le habían dirigido era precisamente para saber si tenía esposa. La respuesta fue negativa. Luego siguió la coletilla de que, claro, nunca le había sobrado mucho tiempo para dedicar a las muchachas, y esta coletilla reavivó más aún —si esto era posible— la llama del entusiasmo popular. En una época en que la gente comenzaba a sentir náuseas de sus propias impurezas y temor de su propia maldad, era pues, magnífico recordar tiempos en que les habían hablado de la existencia de cosas ahora pasadas de moda, como el pecado y el infierno.

Todos, al unísono, pedían la repatriación de Alberto Holm; todos deseaban verle, pese a que los periódicos reprodujeran en abundancia su imagen. Era alto, rubio y de bella presencia: el prototipo de un favorito. Sus ojos azules tenían una mirada de gravedad, hasta que una sonrisa infantil no se asomaba a ellos, transformándolos. Sus cabellos rubios estaban siempre enmarañados. En Shanghai le habían hecho una fotografía con la indumentaria de alpinista, sobre un fondo artificial, y desde aquella nieve artificial del

Himalaya, él miraba a la muchedumbre que lo contemplaba por la mañana, sentada alrededor de millares de mesitas dispuestas para el desayuno. En las alcobas de muchas mujeres solitarias, viejas y jóvenes, él miraba a sus admiradoras desde unos marcos baratos, que encuadraban su imagen recortada de los periódicos. «¡Es un muchacho magnífico!», murmuraban cada una en lo íntimo de su corazón, soñando.

Holm pisaría el suelo de la patria en septiembre. No tenía prisa, afirmaba. Todos le recomendaban que aprovecharse su estancia en China para visitar Pekín. Y la gente, en la patria, leyendo sus dilaciones, se resignaba con una sonrisa. No era, pues, que se dejara cautivar por la admiración popular, según podía verse... Podían adorarlo tranquilamente, y todos se enorgullecían viendo que se comportaba como el modesto y honrado mecánico que había sido. El fervor colectivo se desahogaba fundando Círculos que llevaban su nombre, organizando suscripciones para el héroe, y poder saludarlo con ello a su regreso; hasta que un día el presidente del Círculo Alpino Americano, alarmado por la posibilidad de que no todo cuanto se entregaba llegase a manos del héroe, fundó una oficina encargada de recoger los fondos, y anunció que Alberto Holm, al volver a su patria, se encontraría dueño de una fortuna.

Naturalmente, a nadie le importaba ya nada de lo que *sir* Alfredo Fessaday tenía o no que decir. No le quedó pues, más remedio a éste que declarar oficialmente disuelta la expedición. «Más adelante —dijo—, con sus renombrados científicos emprendería de nuevo la ascensión a la montaña, puesto que la finalidad de la expedición era puramente científica». Y alguna vez, en ciertos círculos íntimos, *sir* Alfredo se atrevió a decir que «no existían pruebas positivas con las que hubiese podido comprobar personalmente con respecto a que el joven Holm había llegado en efecto a la cumbre, con lo cual él, *sir* Alfredo, pudiera dejar de tener duda alguna sobre ello». No era éste el motivo sufi-

ciente para considerar que el muchacho era un bribón. Además, prescindiendo del frío y de la altura, la parte más dura había quedado cubierta por la expedición, que se reintegró luego al lugar donde Lane había enfermado. Desde aquel punto la salida era gradual, por lo menos hasta los últimos diez metros. Las condiciones meteorológicas habían sido desde luego fatales, y durante las ascensiones alpinas él jamás había querido, cuando veía que ofrecía un peligro evidente, cargar con la responsabilidad de que sus hombres continuaran avanzando. Prefería detenerse y obrar con cautela, más lentamente si era preciso, pero con el mayor número posible de seguridades, dado que su expedición, repetía, tenía un carácter científico, y no era la empresa de unos acróbatas de la altura; sin contar que cuando un hombre de la importancia de Lane estaba enfermo de pulmonía, el deber del jefe era protegerlo. No existía la menor duda de que si aquella preciosa vida se había salvado era gracias a su decisión.

Públicamente, sin embargo, *sir* Alfredo no dijo nada de todo esto. Se limitó a sonreír, y, al ser solicitado, se prestó a hacer constar su entusiasmo por Alberto. Era un buen mecánico y había que reconocer que no había hecho nada para dar relieve a la importancia de su empresa... En Calcuta había huido como una liebre del asedio de los periodistas. Claro está que el muchacho no tenía la menor idea sobre lo que le esperaba en América, y cuando se le interrogaba acerca de lo que haría el día de su regreso a la patria, respondía que él mismo lo ignoraba.

En Pekín el día era muy bochornoso. Sobre la ciudad pesaba una ligera humedad, impropia del mes de agosto, que hacia el mediodía fue descendiendo lentamente hasta envolver las azoteas y las calles; se adentró hasta el barrio extranjero, donde estaban los hoteles, y llevó su indefinido hedor hasta la amplia y cómoda habitación donde los Ta-

llant estaban sentados silenciosamente como su hija Kit, vestidos los tres con las ropas más ligeras que podían soportar. El silencio era en realidad un síntoma de extenuación después de la mañana empleada en visitar monumentos; pero también obedecía a un viejo convenio familiar que exigía que cuando uno estaba absorto en sus pensamientos, nadie debía distraerlo.

Pero Tallant padre era nervioso. Se levantó, empezó a dar vueltas por la habitación, fumando un cigarro, y echando de vez en cuando alguna ojeada a su mujer que tenía entre sus manos el periódico que él hubiera deseado leer. Se impacientaba esperando que ella diera fin a la lectura de los ecos de sociedad, para entregarse, a su vez, a la que para él tenía mucho más interés: la de las finanzas. Tenía que tomar una decisión sobre cierto cablegrama dirigido a los directores de su banco neoyorquino, acerca de un empréstito chino; y precisamente durante estos días, bajo la amenaza de la invasión nipona, la moneda bajaba de una forma alarmante.

Se desabrochó el cuello.

—Desde hace un tiempo, hasta en Pekín, si no me equivoco, el clima es peor que antes —gruñó.

Su mujer no le prestó atención, pero Kit le miró con una de esas leves sonrisas suyas que parecían surgir de una profundidad tal que, cuando llegaban a los ojos oscuros y a los labios mórbidos y carnosos, iluminaban todo su rostro sin descomponerlo. Estaba sentada ante la minúscula mesita china que le servía de escritorio, dispuesta a escribir. Vestida con aquel pijama de seda amarillo pálido, daba la impresión de estar fresquísima, lo cual, en realidad, no era nuevo, ya que constantemente y no sólo en el aspecto físico, su persona reflejaba cierto aire de frialdad. Pero su padre sabía —ya que la conocía muy bien, a pesar de que no se jactaba de ser un gran conocedor del sexo femenino— que se trataba tan sólo de una apariencia. Él tenía la idea fija de que los hombres y las mujeres no están considerados

como seres racionales; y por mucho que detestara a las mujeres en general, quería a su esposa e hija, sin sentir por ello una imperiosa necesidad de comprenderlas. Tenía demasiados quebraderos de cabeza para perder el tiempo haciendo ejercicios de psicología.

—¿Terminas la lectura del periódico, Dot? —preguntó a su mujer, con una voz que la costumbre había hecho melosa.

La señora Tallant no pareció haberle oído. De repente miró a su hija por encima del periódico.

—¡Alberto Holm se encuentra en Pekín! —exclamó.

Kit no respondió. En aquel momento prestaba atención a alguna cosa que sus padres no oían. En el rumor confuso que provenía de la calle, su oído había advertido el imperceptible son de una melodía, el sonido de un violín chino de dos cuerdas. Se puso a escribir, trazó rápidamente unas cuantas líneas, y añadió abajo unas notas. La invisible musiquilla dobló en aquel momento una esquina y penetró en un portal, llevándose tras de sí la melodía. Ella aguzó el oído, pensando: «¡Ya nunca más conoceré el fin de esta melodía!».

—¿Kit, has oído lo que te he dicho? Alberto Holm está aquí —repitió su madre.

—Sí, lo he oído, mamá —fue la respuesta. Dejó la pluma y encendió un cigarrillo. Indiferente y casi ausente como se sentía era inútil fingir no haber oído el nombre de Alberto Holm. Y no sin cierto delicioso interés observó ahora, aun cuando fuese demasiado moderna para creer en las cosas extraordinarias, que una ligera curiosidad se había despertado en ella. Desde hacía tiempo, por lo menos de unos meses a esta parte, no había sentido el menor interés por ningún nombre masculino. Todavía seguía enamorada de Norman, y no tenía la esperanza de poder librarse de su recuerdo; consolábase solamente con el pensamiento de que todas las cosas un día u otro tocan a su fin.